

Juan 14:1-27 – el Camino al corazón de Dios.

Jesús había anunciado su partida inminente, entre una densa nube de padecimiento y que sus discípulos, todavía debían quedar en este mundo hostil, eso les llenó de turbación.

Cristo les amonesta “*no se turbe vuestro corazón*”, porque aunque os dejaría en la apariencia, estaría y estará con nosotros perpetuamente.

Él, es Dios, es omnipresente y no está limitado por el tiempo ni el espacio.

Que maravilloso para nosotros saber que el Señor está con nosotros en todo tiempo y que nos conoce profundamente, todos nuestros problemas, pensamientos, heridas que sangran en nuestro interior, o situaciones que en cualquier momento en la tribulación parece preste a inundarnos, ahogarnos. Ninguna turbación que hace presa en nuestro corazón pasa desapercibida a su mirada omnisciente de amor, siempre prestes a comprendernos, socorrernos y consolarnos.

El Señor menciona el corazón, que es el centro de la actividad humana, de donde mana la vida. El Señor quiere que mantengamos el control de este centro, para eso nos ha dado Espíritu de valentía y dominio propio.

No que seamos insensibles a los pesares, adversidades y aflicciones propios de nuestra condición humana, más que guardemos la serenidad de ánimo, aun cuando la carne débil tiemble, aun cuando todo es inquietud y confusión en nuestro derredor.

Debemos aprender a mantener la paz interior, confiando en Él. Esa paz descansa en la fe de que Él es poderoso para guardarnos y nada podrá separarnos de su amor.

Dijo Jesucristo “*Creéis en Dios, creed también en mí*”.

En Él se muestra la benignidad de Dios y su amor para con los hombres” (Tít. 3:4).

Crear en Dios mediante la fe en Jesucristo es el camino para conservar en paz el corazón, mirando hacia arriba, en medio de las pruebas de esta vida.

No se turben; tengan paz. Tenemos un destino seguro, en su presencia.

3.v. “En la casa de mi Padre muchas moradas hay”

Jesucristo nos asegura que hay un lugar donde, muy en breve podremos disfrutar de su eterna compañía.

Hemos de confiar que tenemos garantizada nuestra morada en la casa del Padre, y es una herencia incorruptible, incontaminada, es un regalo perpetuo (**1P 1:3-6**).

Al marcharse al cielo, siendo glorificado y asentándose a la diestra del Padre, por encima de todo principado y potestad, Jesucristo tiene en su mano, el poder para asegurarnos un lugar en el paraíso, que él ha inaugurado para nosotros.

Donde él está, ahí estaremos también nosotros.

Pero ahora tenemos ya [un anticipo de esta morada](#).

Según **Juan 2:16, 21**, “*la casa de mi Padre*” se refiere al templo, el cuerpo de Cristo, como morada de Dios.

Al principio, el cuerpo de Cristo era su cuerpo individual, pero por su muerte y resurrección ha expandido su Cuerpo a los redimidos por su sangre, siendo su Cuerpo ahora, una entidad corporativa, el cual es la iglesia.

Las muchas moradas son, en este sentido, los muchos miembros del cuerpo de Cristo (Ro 12:5), que es el templo de Dios (1 Co 3:16-17). Esto se demuestra explícitamente en el v.23, donde Jesucristo nos dice “vendremos a él y haremos morada en él”, en el que le ama.

3 [“...vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo”](#)

El objetivo de la ida del Señor por su muerte, es la resurrección y su venida a sus discípulos.

Por lo cual habiendo resucitado, Él vino otra vez a nosotros para infundirse en nosotros, introduciéndonos en Dios y Dios en nosotros para edificar su morada, en sus discípulos, soplando en ellos de su propio aliento, de su Espíritu (**Juan 20:19-22**),.

“Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: **Recibid el Espíritu Santo**” (Juan 20:22) aquí la alusión a **Génesis 2:7** es inconfundible. La antigua creación comenzó con el soplo de Dios; ahora la **nueva creación** empieza con el soplo del Hijo de Dios, a partir de ese momento, Jesucristo infunde vida a los suyos, ese día de la resurrección del Señor es el punto de transición del antiguo pacto al nuevo. Así como el aliento del Altísimo dio vida al primer hombre y comenzó el antiguo mundo, así también el aliento del poderoso Salvador marca el nuevo comienzo, dando vida y aliento nuevo a sus ministros.

Cristo les había enseñado las manos y el costado como prueba de la verdad de la resurrección, y ahora les ofrece el sello de seguridad de la asistencia que Espíritu les ha de prestar en su futura obra, acompañándonos en todo el camino, enseñándonos todas las cosas, guiándonos a toda la verdad, haciéndonos recordar todo lo que nos ha dicho, y dándonos poder para hablar con denuedo la Palabra de Dios, porque el Verbo de Dios nos ha dado de su aliento.

Todos aquellos a quien Cristo usa, también los reviste de su Espíritu, porque es parte de su Cuerpo, y los equipa con todos los poderes necesarios para seguir la misión. Eso es una certeza absoluta.

Evidentemente para que eso pueda ocurrir, para que el Señor pudiera introducir al hombre en Dios, escondernos con Cristo en Dios (Col 3:3), había que quitar los obstáculos del pecado, efectuando en la cruz la redención, a fin de abrir el camino y poner una base sobre la cual el hombre pudiera estar en Dios y Dios en él, con el objetivo de preparar un lugar en sí mismo, en Su cuerpo para los discípulos.

Nuestro cimiento en Dios, al ser ensanchado, viene a ser **el cimiento del Cuerpo de Cristo**. Quien no tenga una base, un lugar en Dios, no tiene lugar en el Cuerpo de Cristo, que es la morada de Dios.

3.v. el Señor está en el Padre (v. 10-11), y Él desea que nosotros, comprados por un alto precio, también podamos estar donde Él está, que seamos uno con Él en el Padre como nos revela en **Juan 17:21** “*para que todos sean uno...*”

Jesucristo es el camino para que podamos ser uno con Él en el Padre, a través de su Espíritu que nos edifica, hasta que seamos glorificados con Él.

Cristo, verbo de Dios, es la realidad de las cosas divinas y es el camino por el cual Dios se hace real para nosotros. En Él se manifiesta a nosotros toda la plenitud de la revelación divina, tales como la vida de Dios, su naturaleza, su poder, su gloria, las cuales podemos gustar, podemos poseer y disfrutar como gracia, en Cristo en quien habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad (**Col 2:9-10**), habitando en nosotros plenamente a través de su Espíritu, Espíritu de Cristo, Espíritu de Dios.

Dios triuno, es uno, y es tres: Padre, Hijo y Espíritu.

En el Hijo el Padre es expresado y visto; El Hijo es la corporificación y la expresión del Padre (v 7-11 *“yo soy en el Padre y el Padre en mí”*).

Y el Espíritu es la realidad del Hijo y el propio Hijo hecho real en nosotros (v.20). (**2 Co 3:16-18**).

El Padre es expresado en el Hijo **ENTRE** los creyentes, y el Hijo como Espíritu es revelado y hecho real **EN** los creyentes.

Por lo cual el Dios triuno – Padre en el Hijo y el Hijo en el Espíritu – se imparte plenamente en nosotros a fin de que lo disfrutemos, ya desde ahora, plenamente en nuestro ser.

El Señor Jesucristo siendo uno con el Padre, como expresión del Padre, vino y obró en el nombre del Padre.

Luego en Hechos vemos como los discípulos siendo uno en Cristo, como expresión del Señor estaban capacitados para hacer las obras de Cristo.

Jesucristo dice en el v.12: *“De cierto os digo: el que cree en mí, la obras que yo hago, también él las hará; y aun hará mayores que éstas, porque yo voy al Padre”*.

Lo más glorioso del poder de Cristo es que, no sólo obró milagros Él mismo, sino también dio poder a los que en Él cree para hacerlos también. Aunque Él (físicamente) se marcharía, su obra no ha de

cesar ni fracasar; progresará y seguirá progresando a través de los suyos.

Jesucristo tenía la misión de ir a la cruz por nosotros, por lo cual su ministerio terrenal estuvo limitado a un tiempo, sin embargo su ministerio fue y sigue siendo multiplicado mediante creyentes llenos del Espíritu Santo.

Nuestras obras en su Nombre, incluyen la predicación del evangelio, la cual trae consigo las bendiciones de la justificación, reconciliación y el don del Espíritu Santo que desciende sobre la humanidad; es decir, Cristo nos ha amado de tal manera que habiendo se entregado hasta la muerte y muerte de cruz, ha dado a la iglesia toda la autoridad y poder para obrar las manifestaciones del reinado de Cristo en su nombre.

13; 14 *“Todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré”*

Es fundamental para que podamos dirigirnos a Dios en nuestra oración confiadamente, que tengamos una visión clara de Dios. El verlo en una disposición de cercanía de amigo, el penetrar en su actitud paciente, acogedora, benévola y misericordiosa.

Pero hay otra faceta en Él que garantiza la seguridad de la concesión de lo que pedimos: su cualidad de Padre.

Detrás de la expresión “los que piden” está la condición de “hijos” de aquellos que se dirigen al Padre.

El Dios a quien Jesucristo invoca como “Abba Padre”, es el Dios que accede a nuestras súplicas.

v.21. *“Aquel que me ama será amado por mi Padre”.*

Es la figura de Jesús, es su presencia entre nosotros, la que mueve a su Padre y nuestro Padre, a acceder a nuestras peticiones.

Es la reunión en su nombre lo que motiva a su Padre a mirar con benevolencia a los reunidos.

Y por eso presentamos nuestras oraciones y peticiones delante de Dios en el Nombre de Jesucristo, interponiendo su autoridad, obra y

mérito. Porque Él es el único Camino al corazón del Padre, Él es nuestro único mediador y es el que ruega al Padre por nosotros.

16.v. “Y Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador”.

Esta palabra griega *PARÁKLETOS* significa abogado, alguien que estando a nuestro lado se encarga de nuestro caso, de nuestros asuntos y que intercede en nuestro favor, que nos ayuda, instruye, consola, amonesta, trae a la memoria, ilumina nuestros ojos y corazón para que podamos hallar el Camino, porque apunta a Cristo.

Esa palabra conlleva la idea de consolar, por eso se puede traducir *Consolador*.

Esa es también la misma palabra traducida *Abogado* en **1 Juan 2:1**.

Por lo cual los creyentes, tenemos dos Abogados a nuestra disposición:

A Jesucristo junto al Padre para defendernos del acusador **Ap. 12:10**.

Tenemos también al Espíritu Santo en nosotros, para defendernos de todo mal que nos asedie o estorbe, obrando a favor de nosotros y en nosotros.

Un maravilloso regalo que nos es dado por el Padre por intercesión de Jesucristo nuestro Mediador y Abogado junto al Padre.

Y este maravilloso regalo es “para siempre” (“para que esté con vosotros para siempre” v.16). Nunca nos faltará a ningún creyente y nunca faltará a la Iglesia, ya que el Espíritu Santo es Dios, eterno, omnipotente, omnisciente y omnipresente por lo cual lo llena todo en todos, en todo lugar, trascendiendo totalmente el tiempo y espacio.

El Espíritu de la Verdad, que es Espíritu de Cristo (Ro 8:9) que es la Verdad y nos conducirá a toda la verdad, porque nosotros le conocemos y lo recibimos, porque vivimos en la Verdad.

Nosotros embajadores de Cristo “le conocemos, porque mora **CON** nosotros y estará **EN** nosotros, para siempre”.

Aquí hay una gradación interesante de notar:

Él está **CON** nosotros: estamos en su compañía

Y está EN nosotros, nos llena completamente, ocupa nuestro cuerpo, alma y espíritu como santuario, tiene su morada en nosotros y nada nos separará de su amor.

Condición de la promesa

Pero en el versículo 15, hay algo muy importante que debemos observar.

Antes de prometer el Consolador, Cristo demanda la condición necesaria para obtener el verdadero consuelo:

“si mi amáis, guardad mis mandamientos”.

Jesucristo demanda entonces, que demostremos el amor que le tenemos en obedecer sus mandamiento.

El verbo guardad es imperativo.

Aquellos que aman a Cristo probarán su amor por la obediencia. Que también es la que hace aflorar en nosotros el fruto del Espíritu tan deseado y necesario, para llegar a ser creyentes maduros en la fe.

Es a través de la obediencia que somos perfeccionados, a ejemplo de Cristo mismo. (**Hebreos 5:8, 9**)

Y entonces, amándolo y guardando sus mandamientos, Jesucristo como nuestro mediador ruega al Padre por nosotros.

En el versículo 21 por segunda vez en el mismo texto el Señor vuelve a afirma: **“el que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama;”** y añade **“el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él”.**

Y otra vez más en el versículo 23 vuelve a repetirlo **“el que me ama, Mi palabra guardará”**, y como consecuencia del amar y guardar, o sea obedecer su Palabra dice: **“mi Padre le amaré Y vendremos a él, y haremos morada en él”**

Tamaña es la importancia de esta declaración que no se puede enfatizarla como se merece.

Indica no sólo habitación de la Trina Deidad en el creyente, sino la participación de éste en íntima comunión, de influencia dinámica, de amor recíproco, de comunión de actividades como resultado de la

comuni3n con la naturaleza divina, lo que nos renueva de tal forma a pensar, desear, sentir, querer y actúa a semejanza de Dios (Fil 2:13) en un proceso como de fusi3n, de gloria en gloria hasta que Cristo sea formado en nosotros como dice G3latas 4:19, transformados en su misma imagen (2 Co 3:18).

El 3nfasis de nuestro deber, se basa en el mandamiento de Cristo como nuestra norma y la garant3a de consuelo del Consolador. Esta es raz3n m3s que suficiente para observar la condici3n de esa promesa grandiosa.

“Si me am3is, guardad mis mandamientos”.

Cristo se manifestar3 a los que le ama, y solamente esto son los que podr3n disfruta m3s y m3s del amor del Padre, y 3l morando en nosotros nos librar3 de toda obra mala, preserv3ndonos para su reino celestial, nada nos faltar3, porque fiel es el que nos llama, poderoso para guardarnos.

Dijo Jesucristo:

“Voy y vengo a vosotros”

“no se turbe vuestro coraz3n ni tenga miedo”

Conozcamos, confiemos y vivamos Su Palabra.

¡Es menester guardar su Palabra en el coraz3n y vivirla!

“El que me ama, mi palabra guardar3; y mi Padre le amar3 y vendremos y haremos morada con 3l” v.23.

BIBLIOGRAFIA

CHAPMAN, Gary D. Biblia devocional: *Los Lenguajes del amor. Nueva Traducción Viviente*. Michigan: Editorial portavoz. 2013

CABA, José. *Pedid y Recibiréis. La oración de petición en la enseñanza evangélica*. Madrid: Editorial Católica, S.A, 1980.

HENRY, Matthew. Comentario Bíblico. *Traducido y adaptado al castellano por Francisco Lacueva, obra completa*. Barcelona: Editora Clie. 1999.

REINA - Valera 1960; Biblia Plenitud; Editorial Caribe, 1994;